

y aun porque los filósofos siempre habian enseñado que la esclavitud está verdaderamente en la naturaleza! Solo cuando las ideas religiosas, en union con las *costumbres*, hicieron de muerte á la esclavitud, Alejandro III declaró que todos los cristianos debian estar libres de la servidumbre. Hecha esta declaracion hácia la mitad del siglo XII, produjo un efecto tan maravilloso, que Barthele dice en el siglo siguiente que no habia ya esclavos en Francia. El suelo de este reino eminentemente cristiano llegó á ser desde entonces tan propicio á la libertad, que bastaba á un esclavo de cualquier nacion que fuese poderlo pisar un instante para adquirir una especie de carácter de hombre libre.

Hay en toda la legislación de los modernos cierto carácter de dulzura que no puede derivarse sino de las *costumbres* evangélicas. ¿De cuántas precauciones no se han visto obligados á rodear las leyes para no castigar nunca injustamente? La instruccion de los procedimientos, las dilaciones, la libertad de la defensa, la eleccion de testigos, las consideraciones que se tienen á los acusados, todo hasta la lentitud de los juicios sirve para demostrar que el hombre ha adquirido ante la ley el carácter de dignidad que da la religion.

Habiendo efectuado el cristianismo la emancipacion religiosa, admitiendo que las cualidades morales y personales eran únicamente necesarias para abrir la puerta para el sacerdocio, ha dado ejemplo de la emancipacion civil; porque, como dice un sabio distinguido, M. Ballanche, de la igualdad religiosa á la igualdad civil no hay mas que deducir una consecuencia.

Demostremos ahora cuál es el influjo del cristianismo en los individuos, cuál su eficacia para producir todas las virtudes, y comprimir todas las malas pasiones.

La rehabilitacion de todas las debilidades de la humanidad es la consecuencia de la perfeccion de la doctrina cristiana. Como una doctrina que da al hombre nociones verdaderas acerca de su principio, su fin y el conjunto de sus deberes, sea conocida y se grabe en el fondo de los corazones, destruirá necesariamente el vicio hasta las raíces que las leyes humanas no pueden alcanzar, y traerá el reinado de la virtud. Por esto mismo será el origen de la perfeccion y el principio de la verdadera felicidad, porque la felicidad, segun la magnífica definicion de S. Agusn, no es más que la tranquilidad del orden; y el orden

es la conciencia de las necesidades satisfechas de nuestra naturaleza de la verdad para la inteligencia, de un legítimo amor para el corazón; y con esto se agota en gran parte la fuente de los desórdenes corporales, de las enfermedades, que casi todas tienen la causa en la torpeza y en el desorden de la inteligencia y de la voluntad. Ahora bien, el cristianismo es la verdad perfecta, la solución entera y popular de todas las grandes cuestiones á las que están ligados los intereses del hombre; una completa legislación de su entendimiento y de su corazón; y hemos visto todas las enfermedades sociales, todas las opresiones del hombre por el hombre, destruidas por su influjo. ¿Qué nos queda que decir para demostrar esta influencia tanto en los individuos como en las sociedades? Nada, sino quizá el descubrir el cuadro de los efectos admirables que el Evangelio produce todos los dias en aquellos que lo aceptan y se someten á su accion. La accion perfeccionadora del cristianismo sobre el hombre debe aceptarse libremente; puede pues repetirse, y por esto mismo habrá una multitud, p. a. d. infinita de grados en la aceptacion que de ella se haga; así tambien habrá variaciones tan infinitas en la perfeccion moral de los cristianos desde la primera lucha contra una inclinacion desordenada hasta el heroismo que las encadena todas. Así pues en las masas de los cristianos es necesario considerar los efectos del cristianismo. Hé aqui pues un pequeño número de hechos ó de principios, cuya verdad no trataremos de demostrar porque es evidente, y que establecerán perfectamente nuestra tesis.

1º El cristianismo ha formado y forma todavía en todos los estados de la sociedad hombres de una virtud perfecta, libres de las flaquezas mas comunes en otras sociedades.

2º La virtud de los cristianos está siempre en razon directa de su fidelidad en vivir segun las doctrinas que profesan; y sus vicios en razon directa de su apartamiento de esta doctrina; lo cual establece una demostracion viva y palpable del verdadero principio perfeccionador del hombre.

3º Se notan mucho los vicios de los cristianos, y aun sus virtudes nos parecen con facilidad imperfectas, porque se las compara con la doctrina que es la misma perfeccion teórica. Al contrario en las sociedades paganas, las virtudes mas comunes entre nosotros sobresalen en ellas, porque contrastan con la corrupcion general y con la de las leyes igual-

mente corruptoras, porque positivamente autorizan y no prohiben.

4º De los sabios de la antigüedad, cuyas virtudes se han exaltado tanto para enseñar que no hay necesidad del cristianismo para formar hombres virtuosos, no hay ninguno de ellos á quien la historia no le acuse de muchos vicios, que en nuestras *costumbres* cristianas son castigados con penas intamantes, ó al menos reprobados por la opinion.

5º Lo que nos impide conocer todo lo que debemos al cristianismo es la perfeccion moral de los individuos en la misma extension de sus beneficios. Nuestras ideas y nuestras *habituades* de pertenecen, y esto es verdadero aun para aquellos mismos que le insultan en nombre de nuestras ideas, porque él es quien ha creado todo lo que hay puro en la atmósfera intelectual y moral que respiran.

6º Cuando se considera esto de cerca, concécese que el cristianismo há hecho casi imposibles muchos desórdenes comunes en las sociedades paganas; y en desquite, ha hecho casi necesarias virtudes apenas conocidas entre aquellas. La incredulidad no puede aparecer entre nosotros sino cubriéndose con la máscara del cristiano; se ve obligada á simular la caridad cristiana por la filantropía. Se la proibiría públicamente el dia en que se presentase al desnudo, orgullosa, apasionada y egoísta.]

**Cozzi.** Algunos judíos pronuncian *cusari*, libro suyo, compuesto hace mas de 500 años por el rabino Juda el Levita. Es una disputa ó especie de diálogo sobre la religion, en el que el autor defiende el judaismo contra los filósofos paganos y se apoya principalmente en la autoridad de la tradicion; segun él, es imposible establecer una religion sobre los principios solos de la razon. Ataca al mismo tiempo la secta de los judíos caraitas, que no se someten mas que á la Sagrada Escritura. Se halla en esta obra un compendio bastante exacto de la creencia de los judíos. Se tradujo primero al árabe, despues al hebreo rabínico por R. Juda ben Tibbion. Hay dos ediciones de Venecia, una que no contiene mas que el texto, otra que une á él el *comentario* del R. Juda Muscato. Buxtorf lo ha hecho imprimir en Basilea en 1660, con una version latina y notas. Tambien hay una traduccion española, hecha por el judío Aben-Dana con observaciones en la misma lengua.

**Creador, creación.** Crear es producir los seres por solo la voluntad. No se puede atribuir á Dios este poder de un modo mas

enérgico y mas sublime que lo ha hecho Moisés, *Gén.* 1, 3. «Dijo Dios: hágase la luz, y fué hecha la luz.» Así es como representa sucesivamente todas las producciones de Dios; no le cuestan mas que una palabra, un solo acto de su voluntad. Segun el Salmista, habló Dios, y todo fué hecho; mandó, y todo fué creado, *Ps.* cxlviii, 5. Dios mismo dijo por boca de Isafas: «He llamado al cielo y la tierra, y se han presentado;» *xiv*, 24; *xviii*, 12. Judith habla lo mismo: «Habeis hablado, Señor, y todo se ha hecho; habeis dado un soplo, y todo ha sido creado; *Judith* xvi, 17. La madre de los Macabeos enseña á su hijo que Dios ha hecho de la nada el cielo, la tierra, todo lo que contienen, y la raza humana; *II Machab.* vii, 28. El dogma de la *creacion* ha sido pues profesado constantemente en los judíos: ¿ha podido venir de otro origen que de la revelacion primitiva?

En efecto, nos enseña Moisés que Dios bendijo y santificó el séptimo dia; y porqué, sino para que sirviese de monumento perpetuo de la *creacion*? La semana ó el modo de contar los dias por sielo ha sido observado por los patriarcas, antes que se pudiese referir á cálculos astronómicos. No permaneció siete dias antes de salir del arca; *Gén.* vii, 10 y 12. Las bodas de Jacob duraron siete dias; *xxix*, 27; lo mismo sus funerales, *I*, 10. La ley de santificar el *sábado* ó el séptimo dia de la *creacion* fué renovada en el desierto; *Exod.* xvi, 23, *xx*, 41. Por esto los judíos tenían respeto al número 7.

Si se mandó la santificacion del sábado bajo pena de muerte, es por la importancia del dogma de la *creacion*. Es evidente que la intencion de Moisés al escribir el Génesis fué la de prevenir á los hebreos contra el error de los demás pueblos que admitian muchos dioses, y que adoraban los astros y los elementos, y contra todos los falsos sistemas filosóficos que debian aparecer en la continuacion de los siglos. De consiguiente les enseña que un solo Dios ha creado todas las cosas. Dios pues no ha tenido necesidad de cooperador, puesto que obra con solo su querer; los astros y los elementos no son dioses, sino criaturas que Dios ha hecho para utilidad del hombre; él solo gobierna todas las cosas con su providencia, porque desde el principio estableció el orden que reina en la naturaleza; solo él es el distribuidor de los bienes y los males, y seria un absurdo atribuirlos á otros que no sean él. Así de una sola pincelada ha destruido de raiz los fundamentos del polí-

teísmo y de la idolatría, el falso sistema de las emanaciones que ha sido el origen de tantos errores, la hipótesis no menos absurda del hado ó de la fatalidad, y todos los desvarios filosóficos, mucho tiempo antes de que nacieran.

En segundo lugar, de la noción de *Creador* se deducen todos los atributos de Dios; este dogma solo nos da el verdadero conocimiento de ellos. Dios es el Ser necesario ó existente por sí mismo, porque es la primera causa sin la que ninguna cosa hubiera podido salir de la nada; es eterno, nada había antes que él, y es anterior á todo tiempo; es todopoderoso nada puede resistir á aquel que obra por solo su querer. Es infinito, ninguna causa lo puede limitar; ¿por qué espacio podía ser limitado antes de la *creacion*? E. espíritu puro, porque él ha sacado de la nada la materia y porque obra con inteligencia; para conocer todo lo que es, todo lo que será, y todo lo que puede ser, no necesita mas que ver la extensión de su poder: no le debe costar más el gobernar el mundo, que lo que le ha costado el formarlo.

Careciendo los filósofos del conocimiento de este dogma esencial, han sido incapaces de demostrar la unidad, la simplicidad, la perfecta espiritualidad de Dios; ó la han concebido como el alma del mundo, ó han pensado que Dios había dejado á espíritus interiores el cuidado de fabricarle y gobernarlo. La teología de Moisés, que es la de nuestro primer padre, era pues el mejor preservativo contra los diversos extravíos del género humano.

Sin embargo, escritores temerarios han aventurado que la *creacion* es un dogma nuevo, una idea filosófica; que no se enseñó claramente por Moisés; que muchos PP. de la Iglesia lo han ignorado; que no es muy esencial á la teología, etc. Todas estas objeciones, arriesgadas y repetidas ciegamente por nuestros incrédulos, caen por sí mismas en vista de la claridad y energía del texto sagrado.

Se agita una gran cuestión entre los mas hábiles críticos, á saber, si hay alguno de los antiguos filósofos que haya admitido el dogma de la *creacion*; si todos lo han desechado expresamente; si todos han detenido la eternidad del mundo, ó la eternidad de la materia. Cudworth, en su *sistema intelectual*, había aventurado que los filósofos mas antiguos que Aristóteles no habían considerado el principio, *nada no se hace de nada*, como incontestable; había citado algunos pasajes que parecían probar que Pitágoras, Platon y al-

gunos de sus discípulos habían supuesto una especie de *creacion*. Pero Beausobre, Le Clerc, Moshém, Brucker y otros son de parecer que no son decisivos estos pasajes, que están contradichos por otros mas claros; de lo que deducen que ningun filósofo ha enseñado la *creacion* tomada en rigor. Anquetil se ha dedicado á demostrar que Zoroastres y sus discípulos han profesado esta verdad terminantemente: *Memoria de la Academia de las Inscripciones*, tom. 69, en 4.<sup>o</sup>, p. 123. V. Dios.

Sin embargo es necesario confesar que es difícil ver cuál ha sido el verdadero sentir de los filósofos con respecto á una cuestión que excedía á su inteligencia, por las frecuentes contradicciones en que han caído. Si hubiesen admitido un Dios creador, es de presumir que hubiesen sacado de este conocimiento las consecuencias que evidentemente emanaban de él; hubieran deducido la unidad, la simplicidad, la espiritualidad, la providencia de Dios, que nunca la hubieran tenido por el alma del mundo. Moshém llega hasta pretender que los mismos platónicos del siglo III y IV, que conocían los dogmas del cristianismo, no han admitido sino aparentemente el de la *creacion*; que ellos lo entendían, no en un sentido real, sino en un sentido metafísico, el que no significa nada. Cudworth, *Sist. intell.*, t. 2, p. 287. Sea de esto lo que quiera, queda incontestable que el dogma de la *creacion* ha provenido, no de los razonamientos filosóficos, sino de la revelación primitiva y de la tradición conservada por los patriarcas y por sus descendientes.

\* Las pruebas de la existencia de Dios, deducidas por los filósofos cristianos, forman una especie de gradación, dice Bergier, *Tratado de la verdadera religion*, t. 1, p. 403. 1.<sup>o</sup> Hay seres, y es evidente que no son todos necesarios, ni todos contingentes; luego es preciso admitir un solo ser necesario, una primera causa de la existencia de todas las cosas. 2.<sup>o</sup> La materia no es un ser necesario: luego ha recibido la existencia de una causa inmaterial. 3.<sup>o</sup> Diferentes masas de materia se hallan en movimiento, y el movimiento no les es esencial; luego les viene mas ó menos de cerca de una causa activa ó de una voluntad. Estas tres demostraciones son metafísicas. 4.<sup>o</sup> El movimiento de un cuerpo está sujeto á ciertas leyes; hay una uniformidad constante entre el movimiento y los efectos que de él resultan; el principio motor es pues la inteligencia. 5.<sup>o</sup> Además de los cuerpos inanimados hay seres vivientes ó sensitivos;

la materia inerte por sí misma no puede ser un principio de vida; es pues necesario que los cuerpos animados hayan recibido la vida de una causa que no es materia. 6.<sup>o</sup> Estos seres animados tienen sensaciones; sin embargo no hay una conexión necesaria entre las cualidades de la materia y las sensaciones; luego esta conexión es obra de una voluntad libre, que ha presidido á la construcción de los órganos sensitivos. 7.<sup>o</sup> Entre los seres animados los hay que piensan, y el pensamiento no puede ser una operación ni un atributo de la materia; luego es un espíritu el que ha criado las sustancias pensadoras. 8.<sup>o</sup> Esta reunión de seres diferentes, que llamamos *mundo*, no es eterna; no se ha formado sin causa; luego ha tenido un criador. 9.<sup>o</sup> Vemos en el mundo un orden que tiene relación con nuestras necesidades, con nuestra conservación y con nuestro bienestar; luego el autor del mundo tuvo sus designios al formarle. Hé aquí seis demostraciones físicas. 10.<sup>o</sup> No bastaría á nuestras necesidades el orden físico del mundo, si no fuese el fundamento de un orden moral entre los seres pensadores ó racionales; nosotros conocemos su necesidad; luego el criador del mundo es tambien su legislador. 11.<sup>o</sup> El hombre que es bastante temerario para negar la existencia de Dios, es castigado con el desorden en que se sumerge; luego el eterno legislador es tambien vengador de sus derechos. 12.<sup>o</sup> Todos los pueblos reunidos en sociedad han reconocido unánimemente esta verdad; han adorado un Dios; luego él mismo es el que les ha inspirado esta idea, esta inclinación general. Tres obras morales que confirman las precedentes.

Se podrían quizá añadir otras pruebas; estas son mas que suficientes. Se encuentra su górm en el mismo símbolo de la religion primitiva: de lo que se sigue que continuamos razonando como nuestros primeros padres. V. *Arte de Dios*. 1

Ha sido pues una temeridad inexcusable por parte de Beausobre el sostener despues de Burnet, que es incierto si este dogma ha formado parte de la antigua teología judía; que no hay en los libros santos ningun pasaje por el que se pueda probar demostrativamente á un entendimiento prevenido. *Hist. del Maniqueismo*, t. 2, l. 5, 4. Convenimos en que no hay un pasaje bastante claro, ni un argumento bastante demostrativo para convencer á un entendimiento prevenido; pero la prevención de un razonador pertinaz cambia la significación natural de las

palabras? Confesamos tambien que el hebreo *bara*, el griego *ἔκτισεν*, el latin *creare*, el francés *créer*, no expresan siempre la *creacion* propiamente dicha; ninguna lengua puede tener una palabra sacramental para designarla, porque no es una idea que haya ocurrido naturalmente al ingenio de los inventores del lenguaje; pero ¿no hay otro medio de expresarlo? Si creemos en esto á Beausobre, los autores sagrados, que dicen que Dios lo ha hecho todo de nada, que lo ha sacado todas las cosas de la nada, que lo que existe lo ha hecho de lo que no existía, no han enseñado la *creacion* con bastante claridad; porque los antiguos han llamado *nada*, *la nada*, á lo que no existía, á la materia y los seres que no habían recibido aun su forma. ¿No es esto jugar con las palabras? Beausobre debia al menos decirnos de qué expresiones se debían servir los escritores sagrados para enseñar la *creacion* con bastante claridad. Razonando como él, se probaria que él mismo no admite con bastante claridad este dogma, á pesar de la profesión que ha hecho de él. *Dijo Dios, y todo fue hecho; dijo, hágame la luz, y fue hecha la luz*; así hablaban los autores sagrados: ¿se halla este lenguaje entre los profanos?

Por la misma prevención duda Beausobre si S. Justino ha visto la *creacion* de la materia en las palabras de Moisés; porque en su *primera Apol.*, n. 39, piensa que Platon ha tomado de Moisés lo que dijo de la formación del mundo; así Platon supone que Dios lo ha formado de una materia preexistente. Mas para saber lo que ha pensado S. Justino es necesario no contentarse con un solo pasaje. En su *Exhortación á los griegos*, n. 22, dice: « que la diferencia que hay entre el *criador* y el obrero consiste en que el primero no tiene necesidad mas que de su propio poder para producir los seres, en lugar que el segundo tiene necesidad de la materia para hacer su obra. » N. 23 prueba que si la materia fuese increada, Dios no tendría poder sobre ella y no podría disponer de ella. ¿Es esto bastante claro? Así Beausobre confiesa que si esto Padre ha sido constante en sus principios, es necesario que haya creído la *creacion* de la materia. *Hist. del Maniqueismo*, l. 5, c. 5, § 5. Así S. Justino no ha tonado este parecer de Platon, puesto que lo refuta; ni de los demás filósofos, puesto que ninguno de ellos ha enseñado la *creacion*. Este Padre declara que ha renunciado á su doctrina para estudiar los profetas. *Dial. cum Tryph.*, n. 7 y 8;

luego es en los profetas ó en los escritos de Moisés donde ha hallado el dogma de la *creacion*.

Por lo demás Beausobre no ha disimulado su intencion; queria justificar á los socinianos acusados de negar la *creacion* de la materia; y para hacerlos parecer menos culpables, le pareció bien defender que este dogma no estaba enseñado con bastante claridad en nuestros libros santos; con todo esto que no es muy esencial á la religion, porque no conduce al ateísmo, y que algunos deístas lo han asegurado así bajo su palabra. Segun este bello razonamiento es necesario excusar todos los errores, cuando no destruyan absolutamente toda religion. Pero este crítico, tan caritativo hacia todos los herejes, tan ingenuo en hacer su apologia, debiera haber sido mas indulgente con los PP. de la Iglesia y con los teólogos católicos; cuando se trata de justificar á los primeros, la menor expresion susceptible de buen sentido le basta para no imputarles un error; cuando se habla de los segundos, nunca se han expresado con bastante claridad para él; nunca han razonado con suficiente exactitud; es necesario no hacerles gracia en nada.

Brucker, menos preocupado, confiesa que la prevencion de los antiguos filósofos contra el dogma de la *creacion* les ha hecho abrazar el absurdo sistema de las emanaciones, que ha sido el origen de todos los desvarios de los gnósticos, y que S. Ireneo lo comprendió bien escribiendo contra estos herejes. *Hist. Philos.*, t. 6, p. 539, nota (o). No es pues este dogma nada menos que indiferente, y nunca ha parecido tal á los PP. de la Iglesia.

El P. Baltus, en su *Defensa de los santos PP.* acusados de platonismo, t. 3, p. 319 y sig., ha hecho ver que todos han profesado esta verdad importante y han refutado á Platon, que suponía eterna á la materia. V. EMANACION.

**Credibilidad.** Se llaman *motivos de credibilidad* las pruebas que nos convencen que una religion ha sido revelada por Dios, por consecuencia que es verdadera, puesto que Dios, que es la verdad misma, no puede revelarnos nada falso. En el artículo **CRISTIANISMO**, citaremos sumariamente los motivos de *credibilidad* que prueban que una religion es divina ó revelada por Dios.

Hay una gran cuestion entre los teólogos y los incrédulos en saber cómo debe uno conducirse para probar la verdad de una religion. Estos últimos pretenden que es necesari-

o examinar los dogmas que enseña, ver si son verdaderos ó falsos en sí mismos para juzgar si son revelados ó no. Los primeros defienden que se debe empezar por examinar si está ó no probado el hecho de la revelacion; que si lo está, se debe deducir que los dogmas son verdaderos, sin creerse en estado de juzgarlos en sí mismos. Se trata de saber cuál de los dos procedimientos es el mas razonable y conduce mas seguramente á la verdad; nos parece que es el de los teólogos.

1.º La religion se ha hecho para los ignorantes, así como para los sabios; debe pues tener pruebas que estén al alcance de los primeros como tambien al de los últimos; esta consecuencia es confesada y defendida aun por los mismos incrédulos. Así un ignorante no está en estado de juzgar si los dogmas del cristianismo, por ejemplo, son falsos ó verdaderos; si la moral que enseña es buena ó mala; si el culto que prescribe es razonable ó supersticioso; si la disciplina que ha establecido es útil ó abusiva.

Esta discusion es evidentemente superior á sus fuerzas; sería pues por su parte una imprudencia el querer entrar en ella. Otra consecuencia en la que convienen los incrédulos.

Pero un ignorante puede estar convencido por hechos incontestables que Dios ha revelado la religion cristiana. Puede tener una certeza moral de los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, del testimonio de los mártires, del establecimiento milagroso del cristianismo, de los efectos que ha producido y que produce todavía en los pueblos que lo profesan, de los que experimentaría él mismo si prescindiere constantemente los deberes, etc. Así por estas pruebas exteriores ó por estos *motivos de credibilidad* es por los que debe juzgar de la verdad del cristianismo. En vano creen los incrédulos que Dios ha establecido un modo de juzgar para los sabios y para los filósofos, y otro para los ignorantes. Los primeros pueden tener mayor número de pruebas que los segundos; pero las pruebas que son verdaderas y sólidas para estos no pueden ser falsas y engañosas para aquellos.

2.º Porque un dogma cualquiera nos parece verdadero, no se deduce por eso que Dios lo haya revelado; luego porque nos parece falso tampoco se sigue que Dios no lo haya revelado. Es mas fácil de engañarnos en el examen de una doctrina oscura y abstracta que en el examen de un hecho sensible y palpable.

ble. Con razonamientos capciosos se puede fácilmente aturdir y extraviar á un hombre que no está amaestrado en la disputa. Pero ¿de qué sirven los ratiocinios, las conjeturas, las sospechas contra hechos invenciblemente probados? No hay una sola verdad especulativa contra la que no se puedan hacer objeciones que parecen indisolubles; pero todas las objeciones posibles no nos disuadirán nunca de un hecho cuya certeza moral es llevada al mas alto grado de notoriedad. Los sofismas de los escépticos, de los pirronianos, de los acatoléticos han podido presentar como dudosos todos los dogmas filosóficos; pero ¿han impedido ellos nunca fiarse en el testimonio de sus sentidos y en el de otros hombres? Los filósofos, aun los mas incrédulos, se han visto obligados á condescender con él en el trato ordinario de la vida.

3.º Dios ciertamente se halla en el derecho de revelarnos misterios ó verdades incomprendibles, pues que nosotros las conocemos semejantes por el sentimiento interior, por nuestros ratiocinios, por el testimonio de nuestros sentidos, por la deposicion de los demás hombres; lo demostraremos en la palabra **MISERIA**. Tambien es imposible forjar una religion exenta de misterios, ningun sistema filosófico ó de incredulidad que no contenga un gran número de ellos. ¿Qué examen podemos hacer de un dogma incomprendible? El ver si el que nos lo anuncia es ó no digno de crédito, si su testimonio debe admitirse ó desecharse, si tiene ó no tiene derecho para subyugarnos; ¿qué se diría de un ciego de nacimiento que antes de prestar fe á los que le hablan de los colores, de un espejo, de una perspectiva, quisiese concebir por sí mismo lo que se le dice? Tal es precisamente el caso en que nos encontramos cuando Dios se digna hablarnos.

4.º Es un absurdo el querer convencernos de nuestros deberes religiosos de diferente modo que lo somos de nuestros deberes civiles. Estamos instruidos de estos últimos, no por un examen especulativo de lo que es bueno, laudable, útil, honesto, razonable en sí mismo, sino por pruebas morales de las que resulta que se ha dado tal ley, que tales ordenes, tales usos se han establecido y observado en la sociedad. Sobre este punto los razonamientos y las objeciones de los filósofos no sirven para nada, no se hace de ellos ningun caso, y ellos mismos no se atreverían á conformarse con ellos en la práctica. ¿Con qué derecho pretenden establecer por sus

teorías lo que Dios puede ó no puede enseñarnos, mandarnos ó permitirnos?

5.º No nos toca á nosotros probar el cristianismo de diverso modo que lo ha sido por sus mismos fundadores, que convirtieron á los judíos y á los paganos. Así los apóstoles no entraban á discutir cada dogma que anunciaban; probaron con hechos la mision divina de Jesucristo y la suya. San Pablo dijo á los Corintios: «No he apoyado mis discursos ni mi predicacion en los razonamientos de que se sirve la sabiduría humana para persuadir, sino en las demostraciones de un poder divino, del espíritu de Dios (en los milagros) á fin de que se establezca vuestra fe, no sobre la sabiduría de los hombres, sino sobre el poder de Dios.» *1 Cor.* II, 4.

Efectivamente la persuasion que tenemos de una verdad por el ratiocinio no es la fe, nunca se ha acordado uno de llamar fe al asentimiento á una verdad demostrada. ¿Qué mérito tendría el creer en ella? Pero Dios quiere que demos fe á su palabra, y es un homenaje que debemos á su veracidad soberana. El mérito de esta fe consiste en resistir á las dudas que pueden sugerirnos nuestros razonamientos, y los de los incrédulos. Los que quisieron ratiocinar contra los apóstoles fueron los autores de las primeras herejías, y sabemos hasta qué exceso llevaron el absurdo de sus opiniones. La misma desgracia sucederá hasta el fin de los siglos á todos los que se obstinan en seguir este método infame.

6.º Las enormes consecuencias que emanan del método de los deístas son palpables. A fuerza de sostener que Dios no puede revelarnos verdades incomprendibles, y que nos es imposible el creer lo que no concebimos, han llegado á punto de pretender que Dios no puede revelarnos nada; que aun cuando lo hiciere no podríamos nunca estar seguros del hecho de la revelacion. En consecuencia un salvaje, un ignorante incapaz de descubrir ninguna verdad por los ratiocinios, está tambien dispensado de escuchar á un predicador que venga á instruirle de parte de Dios; debe tambien desconfiar de él y resistirle, vivir y morir en el embrutecimiento en que nació. En virtud del examen especulativo prescrito á todos los hombres por los deístas, debe haber tantas religiones en el mundo como hay cabezas bien ó mal organizadas.

Nos objetan que, siguiendo nuestro método, un mahometano, un pagano, un idólatra

deben creer con tanta certeza como un cristiano que su religion es verdadera, puesto que todos deben juzgar que les ha sido anunciada por hombres inspirados de Dios. Pero, ¿dónde está la prueba de la inspiración de Mahoma, y de todos los que han enseñado el paganismo? Los milagros atribuidos al primero son absurdos, y él mismo ha declarado en el Alcoran, que no había venido para hacer milagros; los apologistas del paganismo, Celso, Juliano, Porfirio, etc., no han citado mas que prodigios de que nadie ha sido testigo. No es este el lugar de llevar mas allá el paralelo entre los autores de las falsas religiones, y los fundadores de la nuestra.

El método de los deístas no sirve mas para confirmar á todos los infieles en sus errores? Un musulman que no sabe leer, ciertamente que no se halla en estado de demostrar la falsedad de los dogmas enseñados por Mahoma, ni lo absurdo de las leyes que ha establecido. Un pagano ¿conseguirá descubrir lo absurdo del politeísmo, mientras que Platon y Ciceron lo han apuntalado con razonamientos filosóficos? Nunca los racionadores han establecido una sola verdad, ni destruido un solo error en materia de religion.

No es fuera de propósito observar que el método, segun el que los deístas quieren juzgar de la revelacion, es precisamente el mismo que el de los protestantes, y que este ha franqueado el camino al primero. Un protestante quiere ver en la Escritura cuál es la doctrina que Jesucristo y los apóstoles han enseñado, y juzgar por sí mismo el sentido en que debe entenderse; lo mismo que un deísta quiere juzgar por sus propias luces de la verdad ó de la falsedad de esta doctrina, para saber despues si es ó no revelada.

En todos estos casos nuestra persuasion es, sostiene que es necesario examinar la mision de los que se dicen enviados de Dios; que si la prueban, ellos son los que deben enseñarnos lo que Dios nos ha revelado, ya de viva voz, ya por escrito, y de darnos el verdadero sentido de esta revelacion. V. CATORCENAB.

**Credo.** Así se llama el símbolo de los apóstoles, que es el compendio de las verdades de la fe cristiana, y empieza por la palabra *credo, yo creo*. Todo cristiano que lo reza hace un acto de fe; sin embargo se oye á los moralistas quejarse algunas veces de que los fieles hacen muy rara vez actos de fe; suponen pues que no van á misa, ó no

dicen el símbolo de los apóstoles en su oracion.

**CREDO.** Designa tambien el símbolo mas extenso que el de los apóstoles y que ha sido formulado por los concilios de Nicea en 325, y de Constantinopla en 381, símbolo que se canta ó que se reza en la misa, lo menos desde principios del siglo VI. Se dice inmediatamente despues del Evangelio para atestiguar que se cree y se recibe como palabra de Dios lo que acaba de leerse. Puede verse en el P. Lebrun una explicacion muy extensa de este símbolo y de la variedad de ritos observados sobre este asunto en las diferentes iglesias. *Explicacion de las ceremonias de la misa, t. 1, p. 240. V. Símbolo.*

**Creencia.** Creer en general es lo mismo que estar persuadido, convencido; así creencia significa persuasion, pero no toda persuasion puede llamarse creencia.

Estamos persuadidos que dos y dos son cuatro, que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos rectos: estas dos proposiciones son evidentes por sí mismas. Aunque no concebamos como la libertad se puede conciliar con la inmutabilidad, sin embargo estamos convencidos que Dios es libre é inmutable, porque esta es una verdad que se deduce evidentemente de la nocion del Ser necesario, en consecuencia una verdad demostrada.

Estamos seguros que un cuerpo es movido por otro cuerpo; lo vemos con nuestros ojos, lo sentimos por el tacto, aunque no comprendamos por qué el movimiento se comunica de un cuerpo á otro. Conocemos que nuestra alma mueve á nuestro cuerpo, esta es una verdad de *consciencia*, aunque no sea posible concebir cómo el espíritu puede obrar sobre el cuerpo.

En todos estos casos nuestra persuasion no es propiamente una creencia; nosotros no creemos, sino que vemos y sentimos.

Aunque no hayamos visto la ciudad de Roma, creemos su existencia por el testimonio de los que la han visto, de los que la habitan, por las relaciones que tenemos con ellos, etc. Los pueblos de la Guinea, que nunca han visto el hielo, que no conciben cómo el agua puede llegar á ser un cuerpo sólido, creen sin embargo la existencia del hielo por el testimonio de mil viajeros; si no lo creyesen serian unos insensatos. Los ciegos de nacimiento no conciben los fenómenos de los colores, un espejo, una perspectiva, un cuadro; sin embargo creen en su existencia, y

esta persuasion se la dicta el buen sentido. En estos diferentes casos la creencia es una fe humana fundada sobre el testimonio de los hombres.

Nosotros creemos que Dios es uno en tres personas, que el Verbo encarnado es Dios y hombre, que Jesucristo está realmente en la Eucaristia, etc.; aunque no concebamos estos misterios, los creemos sobre el testimonio de Dios, ó porque Dios los ha revelado: esta creencia es una fe divina. Estamos convencidos de la revelacion por los motivos de credibilidad de que está revestida.

Cuando se pregunta ¿podemos creer lo que no concebimos? esto es preguntar si los ciegos de nacimiento pueden creer la existencia de los colores, si los pueblos de la Guinea pueden creer la existencia del hielo, y si nosotros mismos podemos creer la comunicacion del movimiento de un cuerpo á otro. Sin embargo se han hecho libelos para probar que es imposible creer seriamente lo que no se concibe, que esto es un entusiasmo y una locura, que nuestras profesiones de fe son una jerga de palabras sin ideas, que el proponer al hombre un misterio es lo mismo que si se le hablase en una lengua desconocida, etc.; todas estas máximas son otros tantos axiomas de la filosofia de los incrédulos.

Para creer un dogma de fe divina, ¿es necesario que este dogma sea oscuro é inconcebible? No; la espiritualidad y la inmortalidad del alma nos parecen verdades demostradas; pero podemos hacer abstraccion de las pruebas naturales que tenemos de ellas, y creer estas mismas verdades, porque Dios las ha revelado; y ignorante que nunca ha reflexionado, sobre estas pruebas cree estos dos dogmas, porque la religion se los enseña.

Los que vieron á Jesucristo obrar un milagro para probar que tenia el poder de perdonar los pecados, *Mat. ix, 6*, fueron testigos oculares de la revelacion, ó de un signo por el que Dios atestiguaba el poder de Jesucristo, y tuvieron de él una certeza física. Sin haber visto los milagros del Salvador, tenemos de ellos una certeza moral llevada al mas alto grado; no solo nos son atestiguados por los escritos de testigos oculares y por una tradicion viva que nunca se ha interrumpido, sino por el efecto que han producido que es el establecimiento del cristianismo. Nunca hubieran convertido á nadie los apóstoles, si los hechos que anunciaban no hubieran sido indudables. V. CATORCENAB.

Cuando se les echa en cara á los ateos y á

los incrédulos las consecuencias de su doctrina y los funestos efectos que debe producir en las costumbres, dicen que la creencia influye muy poco en la conducta de los hombres, que únicamente el temperamento es el que determina los vicios y las virtudes; de aquí deducen que la religion es la cosa mas indiferente é inútil del mundo. Por otro lado sostienen que los vicios y las desgracias de los hombres provienen de sus errores, que es necesario enseñarles la verdad para hacerlos felices; por consiguiente que es bueno predicar el ateísmo porque es la verdad; añaden que los errores en materia de religion son la causa de la mayor parte de los crímenes cometidos en el mundo. Es palpable la contradiccion de estos principios. ¿De qué servirá á los hombres la verdad si este conocimiento no puede influir en nada sobre su conducta? ¿Cómo la religion, que manda todas las virtudes y prohíbe todos los vicios, puede por sí misma producir un efecto directamente opuesto al objeto de su institucion?

No sirve para nada el citar el ejemplo de los cristianos viciosos para probar que su religion no influye nada en sus costumbres. Cuando la creencia sujeta las pasiones, no es sorprendente que estas, muchas veces mas fuertes, arrastren al hombre al crimen á pesar de los remordimientos que le ocasiona la religion. Por el contrario, si la doctrina favorece las pasiones, rompiendo el vínculo que tendia á reprimirlas, ciertamente que debe hacer al hombre mas vicioso, puesto que sofoca en él la voz de la conciencia y los remordimientos. Tal es, pues, el efecto que producirian el ateísmo y la irreligion en todos los que han nacido con pasiones violentas.

Donde hablan los hechos, las conjeturas y los razonamientos están demás. Es incontestable que desde que se estableció el cristianismo hubo una revolucion palpable en las costumbres de los judios y de los paganos, y las hizo mucho mejor que eran; este es un hecho confesado aun por los mismos enemigos de la religion. Luego no es cierto en general que la creencia de los hombres no influya en nada sobre su conducta.

**Crédenistas.** V. HERMANAS DE S. JOSÉ.  
**Crímen.** Se ha escrito con frecuencia en nuestro siglo que los *crímenes* que atacan directamente á la religion, como la impiedad, la blasfemia, el sacrilegio deben castigarse con la privacion de las ventajas que procura la religion, con la expulsion fuera de los templos y de la sociedad de los fieles por un